

IV Jornadas de Crisis. Visiones del feminismo

Arte, tecnología y género

Pilar Catalán

En una era presidida por internet y la constante expansión de la tecnología, el “arte net” junto a las corrientes del “ciberfeminismo” apuntan a disolver radicalmente las diferencias de género y anuncian unas más variadas formas de identidad no necesariamente definidas.

Abordar una formulación metodológica entre teoría y praxis que nos permita el análisis, descripción y convergencia entre arte, tecnología y género puede generar oposición y censura, no solo motivado por intereses partidistas presentados bajo una apariencia de neutralidad, sino porque es necesario ofrecer una panorámica genealógica que clarifique las intersecciones de los tres elementos.

La primera dificultad se presenta en el ámbito de lo que conocemos como arte *de nuevos medios*, campo donde el arte y la tecnología se encuentran, y que pasada ya la primera década del siglo XXI sigue generando polémica y desencuentro. Existen razones por las cuales el *mainstream* del arte no tiene ningún interés en ceder lo que por derecho propio cree que le pertenece, arbitrar y normativizar lo que puede o no considerarse “creación”. Esta falta de visión

traspasa lo anecdótico y posibilita la apertura de otros modelos y mensajes desde posturas ideológicas opuestas y disidentes que abogan por tener un reconocimiento en el arte contemporáneo.

“ ¿Cómo es posible escribir una historia del arte en la que las mujeres, la mitad de la humanidad, ha sido excluida? ”

La segunda cuestión será reflexionar en qué medida el denominado “arte feminista” ha desarrollado un corpus artístico que conlleve a una crítica profunda del orden patriarcal dominante o, por el contrario, solo ha contribuido a reforzar el *ghetto* y aislar sus productos del actual y globalizador entramado artístico y cultural.

A partir de los años setenta del siglo XX, los postulados y prácticas artísticas realizadas por mujeres se multiplican. Seguir su desarrollo es un paso imprescindible para el devenir de ese nuevo entendimiento de la naturaleza y la cultura. En el marco de estas confluencias desde su origen y en su recorrido, los lenguajes creativos tecnológicos realizados por artistas mujeres navegan paralelamente con filosofías de nuevo diseño más amplias y emancipadoras, aliadas del llamado movimiento ciberfeminista, presentando ambas propuestas numerosas analogías cuyo nexos más común es la utilización de internet como plataforma para reivindicar y experimentar nuevas metodologías de cara a una mayor efectividad en la lucha política.

En 1971 Linda Nochlin publica en la revista *Art New* el artículo “*Why have there been no great Women Artists?*” que va a cuestionar las bases de la historiografía del arte desde



La red es la niña salvaje (Pilar Catalán)

una perspectiva feminista, rechazando al estatus de genio como concepto predominante en el canon estético hegemónico y con una interrogación que quedará como una denuncia y una demanda permanente: ¿cómo es posible escribir una historia del arte en la que las mujeres, la mitad de la humanidad, ha sido excluida?

A partir de este texto pionero las artistas feministas e historiadoras del arte despliegan diferentes estrategias cuyos fines se centran, por un lado, en la visibilización de la obra y, por otro, en un posicionamiento radical encaminado a deconstruir sistemas conceptuales y antiguos lenguajes, discrepando de forma exhaustiva de aquellos parámetros y enfoques más contaminados y androcéntricos. En este sentido Linda Nochlin y Anne Sutherland organizan en 1976 la exposición *Women Artists* con 150 obras de 86 artistas con el objetivo

de incluirlas en la historia del arte. Pero encontraron una réplica contundente de Rozsika Parker y Griselda Pollock criticando duramente el proceder de las comisarias por entender que la exposición, si bien conseguía el logro de incluir a las artistas en el catálogo de la historia, no arrebatava el aura al logocentrismo y por tanto mostraba una evidente contradicción con los escritos de Nochlin.

Estas posturas divergentes y encontradas conviven todavía en el presente en la línea de visibilización. Artistas feministas como Judy Chicago y Miriam Chapiro concretaron su trabajo en representar lo femenino universal, convencidas de la existencia de una ontología inherente a las mujeres —así la obra *The Dinner Party* de Judy Chicago, 1979— y por tanto la validez de una estética feminista, argumentos que chocaban directamente con los de Griselda Pollock, “ya que tales expo-

siciones solo afirmaban las tesis del determinismo biológico”.

Considerando el feminismo como un movimiento social y político que ha exportado las claves que más han contribuido a la reflexión y a la apertura de intervenciones de deconstrucción y la creatividad que ha asumido en nuestra época nuevas responsabilidades experimentando con narrativas no lineales y colaborando de manera activa en la creación de un ideario ciberfeminista, vamos a definir cuáles son los códigos emergentes en la sociedad de la información; resultado del vínculo establecido por la escritora y doctora en Bellas Artes Remedios Zafra entre *mujer artista* y *mujer feminista* y la adhesión incondicional desde la década de los 90 a la tecnología como parte consubstancial de la cultura humana.

La expansión de internet a partir de los años 90 en los países más desarrollados, va a replantear

una lectura que estudie y evalúe la relación entre mujer y tecnología, desvelando el papel vanguardista que las mujeres artistas tuvieron en la producción de arte tecnológico. El *Net. Art* o *Arte de la Red* es un género de producción artística que utiliza la red y su contenido, sea técnico, cultural o social como base de la obra de arte; es una forma de arte interactivo que experimenta con una comunicación sin límites geográficos, ni fronteras. Las Net-artistas indagan en la red de Internet configuraciones no sexistas y un tratamiento del género ajeno a los constructos sociales desde el dominio. Ejercen una resistencia a la inscripción y a la definición, utilizando el ciberespacio como una plataforma reivindicativa y de acción del activismo político.

Aunque algunos de los motores de búsqueda han desaparecido de internet todavía hoy tenemos acceso algunos proyectos de los 90 que pueden sorprendernos, inquietarnos o vincularnos a la pura estética *net*. Sirva de ejemplo: *Mouchette*, pieza anónima, que converge hacia el problema de la identidad, o *Teena Brandon* de la artista coreana Shu Lea Cheang, destacable no solo por su realización artística, sino por estar entre las piezas pioneras en temas de transexualidad; o el de la heroína de los 90 en la red Olia Lialina que maneja de manera excepcional la estética en trabajos como *My boy friend came back* o *Anna Karenina goes to paradis*, bellas historias interdisciplinarias con imagen e hipertexto.

Las primeras en acuñar el término ciberfeminismo —o en todo caso se dio paralelamente en diferentes lugares— fue el grupo de artistas australianas *VSN Matrix*. Josephine Starrs, Julianne Pierce, Francesca da Rimini y Virginia Barratt redactaron *El Manifiesto para el siglo XXI* y *El Manifiesto de la Zorra Mutante*, con un lenguaje impúdico, sensual, orgiástico, desobediente, tecnológico, porno¹¹, provocador, performati-

vo, en un ámbito lúdico, transgresor y activista, rescatando lo que se consideraba vergonzante como el porno o el erotismo. Así se expresan en su primer *Manifiesto*: “Somos el coño moderno, la razón antipositiva, sin ataduras, sin límites, sin piedad. Percibimos y hacemos el arte con nuestro coño, creemos en la locura, lo sagrado, la poesía, somos el virus del nuevo desorden mundial, reventando lo simbólico desde dentro, saboteadoras del gran Papa unidad central de la computadora; el clitoris es una línea directa a la matriz”. Son escenarios alternativos, cuna de temores ancestrales ante una feminización de la existencia a través de la tecnología. O en el segundo *Manifiesto*: “Intentando escapar de lo binario entro en la cromozona, que no es una *XXYXXYXXYXXYXX*, heterofollame baby, la resistencia es inútil, engatúsame, machihémbrame, mapea mi genoma abandonado a imagen de tu proyecto”. El cuerpo de la mujer se convierte en ciborg, fundido con la tecnología en un orgasmo permanente de flujos y fluidos en un lugar en el que quiere habitar, el ciberespacio, jugando a la construcción constante de la identidad y conseguir su liberación.

“ Haraway nos introduce en un mundo de simbiosis entre máquina y organismo que progresivamente tiende a lo postgénico y posthumano. ”

Con intereses coincidentes sus compañeras de viaje, las mujeres feministas, fraguaban el ideario ciberfeminista. El primer Congreso se celebró en 1997 en la Documenta X de Kassel organizado por las *Old Boys Network* —fruto de unión de las *VNS Matrix* y el grupo *INNEM* al que pertenecía Cornelia Sollfrank, pionera del ciberfeminismo de los 90— y redactaron las *100 Antítesis*

de lo que no era el ciberfeminismo: “No es un lenguaje único, no es una tradición, no es una frontera, no es no tecnología”

Aunque el ciberfeminismo apuesta por la no definición, quizá para una mayor comprensión diremos que no es una organización ni estructura reglada; es la filosofía de unas mujeres cuyos objetivos e intereses son el ciberespacio, internet y la tecnología. Sus proposiciones se canalizan en los escritos de Donna Haraway y Sadie Plant, redundan en la unión entre cuerpo y máquina haciéndolo receptor de todas las posibilidades además de las transmitidas por un código genético heredado. El movimiento es una puerta de entrada, eje de rupturas radicales que se plasman en la idea de que con la apropiación de la tecnología es posible construir la identidad, la sexualidad y el género según nuestro deseo.

Los fundamentos del ciberfeminismo se deben a la escritora y filósofa británica Sadie Plant, cuyas teorías están inspiradas en un texto referencial *El Manifiesto para Ciborgs* del libro *Simians, Cyborgs y Women* de Donna Haraway, profesora en el departamento de Historia de la Conciencia en la Universidad de California en Santa Cruz. Haraway se ha definido a sí misma como una postgenerista, invitando a las mujeres a convertirse en ciborg: “El ciborg es una criatura en un mundo postgénico. No tiene relación con la bisexualidad, ni con la simbiosis preedípica. A finales del siglo XX —nuestra era, un tiempo mítico— todos somos quimeras, híbridos teorizados y fabricados de máquina y organismo, en pocas palabras, somos ciborgs. El ciborg es una criatura en un mundo postgénico”. Y considera la tecnología como fuente de creación, introduciéndonos en un mundo de simbiosis entre máquina y organismo, que progresivamente tiende a lo postgénico y posthumano.

Sadie Plant es heredera directa

del pensamiento de Donna Haraway, autora de *Ceros + unos: mujeres digitales + la nueva tecnocultura*, publicación en la que busca el eslabón perdido en la la figura de la matemática inglesa Ada Lovelace (1815-1852), colaboradora del matemático Babbage y responsable del primer programa informático. Plant intenta presentar la historia de la relación de las mujeres con la tecnología desde el desacuerdo a la pregonada tecnofobia femenina. Identifica a las mujeres como máquinas inteligentes, y las representa en el sistema binario por el cero, *el otro* buscando una ubicación central para las mujeres dentro de la tecnología, subrayando la importancia del vínculo *ciber-fems* como premonición clamorosa: “La tecnología puede aportar al feminismo la oportunidad de eliminar lo masculino”.

La mujer excluida de la historia también como sujeto artístico va hacer de su cuerpo físico el soporte de la obra de arte, a través de él se van articular los discursos de género, etnicidad, clase o raza. Adjudicaciones sin neutralidad, en ocasiones al servicio del poder, confrontadas desde el arte y la cultura que fabrican otros cuerpos, tatuados, perforados, maquillados, horadados, plenos de inscripciones y escrituras que recalcan la corporeidad y en otro territorio sin límites geográficos, cuerpos con escrituras digitales que revelan dimensiones y significados de nuevo cuño traspasados por las TIC, cuerpos performativos, mutantes, ciborgs, desmaterializados, desdibujándose filiación o pertenencia. ¿Estamos asistiendo como escribió la pensadora transexual Sandy Stone, a la mayor migración

de la historia de los cuerpos al ciberespacio, con su consiguiente descorporeización?

Según Anne Balsamo se suman otras implicaciones entre las tecnologías de nuevo desarrollo y el cuerpo, y cita como ejemplo la cirugía estética, herramienta con la que el cuerpo de la mujer es sometido a un nuevo diseño o reconfiguración en función de los patrones y de los estándares de belleza femenina demandados por una sociedad que quiere perpetuar a la mujer como objeto de uso y deseo. Rechazar desde la utopía los viejos estereotipos es la proclama de Balsamo, que apuesta por hacer de la cirugía un vehículo para la creación de identidades culturales y otros relatos alternativos, razonamiento ejemplarizado en los trabajos de la artista multimedia francesa Orlan (1947) que modifica su rostro prestándose a varias operaciones, alentada en el concepto de belleza de diferentes culturas.

En el 2006 Ana Martínez Collado, doctora en Estética y Teoría del Arte organiza la exposición *Cyberfem.Feminismo en el escenario electrónico*, una serie de instalaciones con la obra de 28 artistas cuyas referencias conceptuales y tecnológicas se inspiran en los Manifiestos de de las *VNS Matrix*, las teorías de Donna Haraway y de Sadie Plant y además según su comisaria “no solo se enfrentan a los temas clásicos del debate feminista, identidad, género y sexualidad, sino también se inspiran en problemáticas políticas globales como la violencia contra la mujer, los peligros de la biotecnología, la confrontación intercultural, y la persistencia de los estereotipos

relativos a la relación de las mujeres con la tecnología”. Entre las instalaciones destacamos *Body Scan Instandstillness* de Eva Wohlmut, que juega con las posibilidades de la clonación y la creación de seres artificiales, con un afán obsesivo propio de las que no han tenido voz y ser el resultado de un sistema o una programación cultural injusta se manifiesta la necesidad de derrocar el orden ideológico considerado inmutable, receptáculo de categorías falocráticas que nutren y sustentan el saber y el conocimiento y desprogramar las lógicas dicotómicas imperantes, para poner fin a tiempos oscuros regidos por sistemas heteronormativos perpetuados desde el origen de los tiempos.

Un feminismo no excluyente abre una nueva era y en estas nuevas visiones escuchamos a pensadoras como Judith Butler: “abrir las posibilidades para el género sin precisar qué tipo de posibilidades debían de realizarse” o a Rossi Braidotti “movernos en un espacio de indeterminación sexual” o a la fotógrafa Claude Cahun que juega con la ambigüedad de género y sexual destruyendo los estereotipos masculinos y femeninos, y las deconstrucciones radicales de Donna Haraway, Teresa de Lauretis, Beatriz Preciado, que liberan y visibilizan a multitudes marginadas y otr@s personalidades posicionadas en la periferia, adhiriéndose a los preceptos de la teoría *queer*, bajo el lema “la opción sexual es un derecho” y anunciando el *posthumanismo* como el futuro destino de la humanidad.

Bibliografía:

- Haraway, Donna: *Manifiesto para ciborgs*. Publicado en 1985 y revisado en 1991 para el Libro “Simians, Cyborgs y Women” de Donna Haraway.
- VSN Matrix: *Manifiesto para el siglo XXI. 1991 - Manifiesto la Zorra Mutante*.1996
- Old Boys Net Work, *100 Antithesis Ciberfeministas*. 1997
- Plant, Sadie. *Ceros + unos: mujeres digitales + la nueva tecnocultura*. 1998